

RESEÑA DEL LIBRO
CRÍTICA DE LA TEORÍA DEL DESARROLLO
DE P. T. BAUER
(Ediciones Orbis, Barcelona 1983,
512 páginas)

VÍCTOR ESPINOSA LOYOLA*

INTRODUCCIÓN

Este artículo gira en torno al libro *Crítica de la teoría del Desarrollo* (1983). Se presentan sus lineamientos generales y algunas consideraciones fundadas en evidencia teoría y empírica contemporánea.

El título original de esta obra es *Dissent on Development: Studies and Debates in Development Economics*, publicado en 1971 (Weidenfield and Nicholson) y luego en 1976 (Harvard University Press). La primera edición en español apareció en 1975 por la Editorial Ariel y en 1983 por Ediciones Orbis, ambas bajo la traducción de Paolo Donatelli, Graziela Costa y José García-Duran. Peter Thomas Bauer (1915, Budapest, Hungría - 2002, Londres, Reino Unido), fue un reconocido economista que ejerció como académico en la Universidad de Cambridge y, gran parte de su carrera, en la London School of Economics, donde, además, fue profesor emérito. Formó parte de la Academia Británica y de la Sociedad Mont Pelerin, fundada por su amigo Friedrich von Hayek. En julio de 1978, Bauer es nombrado Doctor *honoris causa* de la Universidad Francisco Marroquín. Se le concedió el título nobiliario de Lord Vitalicio de la Cámara de los Lores en 1982, por sus contribuciones e influencias en las políticas de diversos países y en organismos internacionales como el Banco Mundial (véase Meier y Seers 1984). Bauer escribió catorce libros y decenas de artículos, prácticamente todos referentes a Economía del desarrollo.

* Ingeniero comercial, máster en economía y políticas públicas por la Universidad Adolfo Ibáñez (UAI). Estudiante del máster en economía de la escuela austríaca en la Universidad Rey Juan Carlos. Email: vespinosaloyola@gmail.com.

Lewis (1988) muestra que el programa de investigación de los economistas clásicos del siglo XVIII y XIX consistió en estudiar la naturaleza y causa del progreso material de los países, fundamentado en el ser humano y las consecuencias formales de los distintos cursos de acción en el mercado. Desde la revolución marginalista durante el decenio de 1870 y, también, con la aparición del keynesianismo en los años treinta del siglo XX, ha existido una hegemonía del paradigma neoclásico-walrasiano que sustenta la ingeniería social hasta nuestros días. Según Meier y Baldwin (1957), en sus inicios, esta tradición supuso una ruptura importante respecto de los economistas clásicos, ya que el nuevo enfoque se interesó exclusivamente por las situaciones estáticas. Es decir, hipotéticas situaciones de equilibrio y de reduccionismo formal, donde el problema central era la asignación óptima de medios dados a fines también conocidos. Habría que esperar a los modelos de crecimiento de Harrod-Domar, Kaldor, Goodwin, etc., quienes analizaron los problemas de desempleo a corto plazo sólo en las economías desarrolladas y los inconvenientes de las sociedades más pobres no eran considerados. Sin embargo, Bustelo (1999) menciona los eventos que estimularon la creación de un nuevo campo en los años cuarenta, la Economía del desarrollo: primero, la Gran depresión de 1929 significó un entorno recesivo que redujo el comercio internacional y mermó la capacidad de importar para los países más pobres. Esto, además de la quiebra de suministros producto de las guerras mundiales, causó la implementación de un modelo de sustitución de importaciones (ISI), con el fin promover políticas de industrialización y barreras al comercio; segundo, la descolonización de Asia meridional y de Oriente Medio presentó una autoafirmación nacionalista en estos nuevos países independientes, lo que fue utilizado por los nuevos gobernantes para justificar la aplicación de trabas al comercio, junto con inducir la planificación central de la economía; tercero, sistemas transitorios de ayudas internacionales para la reconstrucción europea postguerra (Plan Marshall) y japonesa (Plan MacArthur) llevaron a organizaciones internacionales, como la ONU o el Banco Mundial, a crear mecanismos de transferencias y préstamos subsidiados intergubernamentales; cuarto, bajo un contexto de guerra fría, Estados Unidos y la Unión Soviética

pretendían influir en los países subdesarrollados con medidas económicas, políticas y militares. En suma, las opiniones tempranas y dominantes en la economía del desarrollo se caracterizaron por la búsqueda de políticas para superar el subdesarrollo basadas en la ayuda exterior entre estados y la intervención del Estado. Este era, a grandes rasgos, el panorama histórico-intelectual en cual Bauer escribe su libro.

La obra consiste en un compilado de sus ensayos que abarcan diferentes críticas de buena parte de la literatura sobre el desarrollo económico. Cuenta con nueve capítulos que podemos agruparlos en tres grandes programas de investigación que corresponden a la estructura del presente trabajo: primero, el círculo vicioso de la pobreza y la ayuda exterior; segundo, la planificación central global; tercero, consensos, metodología y el rol del economista. La tesis del autor es que las perspectivas dominantes, que se presumen emanadas de la experiencia y el análisis, están en conflicto con la evidencia teórica y empírica más elemental. Bauer no presenta una teoría general del desarrollo económico. Su objetivo es establecer las bases científicas que «puedan considerarse quizá como los inicios de un enfoque a la teoría del desarrollo» (Bauer 1983, 14). La obra combina un riguroso estudio teórico y empírico con un lenguaje claro, preciso y que complementa con historia económica y política de los países analizados, lo que propicia una lectura entretenida. Más importante aun, el lector apreciará que sus aportaciones a la Economía del desarrollo gozan de plena vigencia en los debates intelectuales y políticos de nuestro tiempo.

I

CÍRCULO VICIOSO DE LA POBREZA Y LA AYUDA EXTERIOR

Entender el análisis de Bauer sobre las políticas económicas y el desarrollo requiere, previamente, mencionar algunos puntos de terminología. Para el autor, las expresiones subdesarrollado y en vías de desarrollo son eufemismos inadecuados, ya que no son neutrales y sugieren que dicha condición descrita es anormal y reprehensible. Al contrario, ha sido la pobreza y el atraso material, más no el progreso, las que han preponderado en la historia de la

humanidad¹. El error de terminología ha ofuscado la discusión, puesto que se selecciona un grupo de los países altamente industrializados como criterio de comparación, con las mayores rentas per cápita, para luego suponer que la mayor parte de la humanidad es anormal. En consecuencia, Bauer afirma que:

«sociedades pobres o materialmente atrasados son las denominaciones que describen mejor la condición que sirve de base a la clasificación; señalan el hecho de que la distinción es solamente una cuestión de grado, y son neurales en el sentido que no sugieren que la condición descrita sea anormal o reprensible» (Bauer 1983, 15).

El autor entiende las expresiones «adelanto material y progreso material como equivalentes a desarrollo económico» (Bauer 1983, 16) y, por lo tanto, los economistas deben estudiar cuáles son las determinantes que suscitan el desarrollo y cuáles no².

La obra comienza investigando la veracidad teórica y empírica de dos tesis ampliamente aceptadas en la literatura del desarrollo e incluso considerados axiomas políticos. La primera es la opinión de que los países pobres se hallan atrapados en un círculo de

¹ Groningen Growth and Development Centre (2018) muestra, a través del *Maddison Project for the World Economy*, el crecimiento económico real per cápita (en USD de 2011) de 169 países entre los años 1 d.C. hasta el 2016. Los datos evidencian que la pobreza extrema era la norma para todas las sociedades del planeta hasta entrado el siglo XIX. La historia indica que todas las economías eran esencialmente agrarias y con métodos de producción relativamente similares, lo que se reflejó en ingresos per cápita más o menos iguales y un nivel de pobreza generalizado. Sin embargo, el punto de inflexión fue el proceso de transformación económica, tecnológica y social conocido como la Revolución Industrial, a finales del siglo XVIII y durante el XIX. Lo que ha caracterizado a las economías modernas es que el aumento de la producción es muy superior al crecimiento de la población.

² Esta concepción del desarrollo económico como prosperidad material es ampliada por Beinhocker y Hanauer (2014), quienes lo explican como «la acumulación de soluciones a los problemas humanos. Estas soluciones van desde lo prosaico (chips de papas crujientes) hasta lo profundo (curas para enfermedades mortales). En última instancia, la medida de la riqueza de una sociedad es el rango de problemas humanos que ha resuelto y qué tan disponible ha hecho esas soluciones a su gente. Cada artículo en una tienda minorista moderna puede considerarse como una solución a diferentes tipos de problemas: cómo comer, vestirse, entretenerse, tener casas más cómodas, y así sucesivamente. Cuantas más y mejores sean las soluciones disponibles para nosotros, más prosperidad tenemos» (Beinhocker & Hanauer 2014, 4).

pobreza. La segunda es la popular idea de que existe una brecha cada vez más extensa entre los países de mayor renta per cápita y los pobres. Existen distintas formulaciones de estas nociones, de las cuales destacan Baran (1957), Myrdal (1956a, 1968), Nurkse (1953) y Samuelson (1951). El argumento más corriente plantea que los bajos niveles de renta obstaculizan el ahorro, lo que frena la acumulación de capital necesaria para incrementar la renta. Otros afirman que la precariedad en los mercados de países subdesarrollados obstruye la especialización para elevar la renta. Como la demanda es demasiado pequeña no es factible realizar inversiones que sean rentables y productivas, lo que perjudica las arcas fiscales y conserva la productividad baja. Este razonamiento sustenta que la inversión privada internacional no puede aliviar esta situación, ya que los mismos aspectos del círculo de la pobreza bloquean las oportunidades de inversión rentables:

«Una de las frases que aparece frecuentemente en tratamientos del problema del desarrollo económico es el círculo vicioso de la pobreza [...] Una situación de este tipo, que se refiere a un país en su conjunto, puede resumirse en la vulgar frase: «un país es pobre porque es pobre». Quizá las más importantes relaciones circulares de esta clase son las que afligen a la acumulación de capital en los países atrasados. La oferta de capital se halla regida por la capacidad y disposición de ahorrar; la demanda de capital depende de los incentivos para invertir. Existe una relación circular en ambos lados del problema de la formación de capital en las zonas del mundo dominadas por la pobreza.

Del lado de la oferta, hay una escasa capacidad de ahorro, debido al bajo nivel de renta real. La baja renta real es el reflejo de la baja productividad, que a su vez se debe en gran parte a la falta de capital. La falta de capital es una consecuencia de la escasa capacidad de ahorro, y de esta forma se completa el círculo.

Del lado de la demanda, puede que la propensión a invertir sea baja debido al escaso poder de compra de la gente, debido a su baja renta real, que a su vez proviene de una baja en la productividad. El bajo nivel de productividad, sin embargo, es una consecuencia de la escasa cantidad de capital utilizada en la producción, que a

su vez puede ser causada, o por lo menos en parte, por la escasa propensión a invertir.

El bajo nivel de renta real, que refleja una baja productividad, es un punto común a ambos círculos» (Nurkse 1953, 4 ss.)

Bauer sugiere que tal afirmación no es efectiva. El error tiene su origen en las distorsiones epistemológicas del formulismo matemático aplicado a las ciencias sociales. En particular, la mayoría de los modelos de crecimiento económico consideran como sus variables fundamentales: primero, el crecimiento de la renta como función de la tasa de acumulación de capital, es decir, la inversión; segundo, la inversión depende del ahorro, pero el ahorro es función de la renta; tercero, el crecimiento de la renta depende del capital, y este último, a su vez, depende de la renta. Entonces, el modelo expone una situación estática donde, *ceteris paribus*, una renta baja reprime la acumulación de capital necesaria para incrementar la renta. Si aceptamos que la tesis fuera válida, no se podría explicar cómo algunos países progresaron mientras que otros no. En efecto, este planteamiento se refuta por la presencia de países desarrollados que iniciaron con las características de lo que ahora se define como pobre o subdesarrollado. Así, este modelo es defectuoso porque las variables y relaciones funcionales son falsas y, además, no guarda relación con la realidad.

El autor presenta evidencia empírica que refuta la tesis del círculo vicioso de la pobreza. Analiza diferentes variables económicas para América Latina y Estados Unidos, además de los países de África occidental y del sureste de Asia. Las bases de datos utilizadas corresponden principalmente a las presentadas por el departamento de asuntos económicos y sociales de las Naciones Unidas. Uno de los ejemplos de Bauer es el caso de Hong Kong que, hasta la primera mitad del siglo XIX, era un área desierta y estéril. A mediados del siglo XX se había transformado en un centro industrial que exporta productos a gran escala, lo que ha permitido su rápido progreso económico. El éxito llevó a que los gobiernos de países como Estados Unidos, Alemania, Francia y Reino Unido alzaran restricciones a las importaciones para proteger sus industrias nacionales, aunque no fueron capaces de contener el desarrollo acelerado de Hong Kong. No obstante, esta prosperidad era impensable según los modelos de crecimiento que sustentaban el

círculo vicioso de la pobreza, ya que cumplía con tres de los requisitos de esta teoría, a saber, carencia de recursos naturales, presión demográfica considerablemente elevada y mercado interno muy restringido³. Ante estos resultados, Bauer afirma que:

«No hay ninguna regla general que asegure el que todos los países o regiones deban alcanzar el mismo nivel de prosperidad económica o el mismo ritmo de progreso en cualquier momento o a lo largo de cualquier periodo de tiempo. El éxito económico y el progreso dependen en gran parte de las aptitudes y actitudes humanas, de las instituciones sociales y políticas y de los arreglos que se derivan de estas, de la experiencia histórica, y, en menor medida, de los contactos externos, de las oportunidades del mercado y de los recursos naturales» (Bauer 1983, 37).

Según el autor, los arreglos institucionales son los determinantes básicos del desarrollo económico. Las instituciones que resguardan la propiedad privada y los vínculos contractuales estimulan el emprendimiento y la expansión de los mercados. Como resultado, se observa un espiral virtuoso de progreso material con profundos cambios en las condiciones de vida de las personas⁴. En cambio, «la indicación de que es la pobreza como tal la

³ Bolt, Inklaar, de Jong y van Zanden (2018) realizan un estudio empírico del progreso regional en cuanto al PIB per cápita y niveles de pobreza de los países desde 1870 y se proyecta hasta 2020. Se confirman los resultados de Bauer al demostrar que todas las regiones han mejorado sus condiciones materiales, aunque en distintos grados. Ordenados de mayor a menor ingreso per cápita promedio entre regiones entre 1870 y 2020 tenemos que, aproximadamente, Occidente multiplica sus ingresos por 14, Asia occidental lo hace por 9, Europa del este por 9, América Latina por 14, Asia oriental por 13 y África por 4.

⁴ Las consideraciones de Bauer han sido investigadas por destacados economistas modernos. Primero, el premio Nobel de Economía Douglas North (1990, 1994), elaboró un marco analítico para explicar el desempeño económico de los países según el cambio institucional. Sus investigaciones lo llevan a considerar que las instituciones políticas y económicas son las determinantes del desarrollo económico. Aquellas que son respetuosas con el derecho de propiedad y las interacciones contractuales impulsan el progreso, mientras que en ausencia de estas se tiende al estancamiento. Segundo, Acemoglu, Johnson y Robinson (2001, 2002) testean la hipótesis de Bauer en el contexto de las colonias europeas, con sus respectivas variaciones y desempeños institucionales y económicos. Su modelo muestra que aquellos países que exhiben mayor protección a los derechos de propiedad y, en

que actúa como principal obstáculo al progreso material ha desviado la atención de estos determinantes subyacentes del desarrollo» (Bauer 1983, 37). En efecto, la tesis del círculo vicioso de la pobreza sugiere que existe una brecha entre los países desarrollados (ricos) y subdesarrollados (pobres). Estas divergencias se fundan en la renta per cápita de cada grupo de países, donde los más atrasados están estancados e inclusive retroceden, mientras que los más aventajados continúan su ruta de progreso. La conclusión lógica de dicho razonamiento es que la desigualdad internacional de rentas siempre está en aumento.

La crítica a esta creencia comienza con entender los errores de terminología en torno al concepto de brecha. Las comparaciones entre rentas deberían tratarse en términos de diferencias y no sobre desigualdades, ya que el primer término es neutral a los juicios de valor, mientras que el último no. Lo mismo ocurre con la idea de subdesarrollo, al implicar una situación anormal, censurable e ideológicamente asociada con injusticia. El término desigualdad es engañoso, puesto que la igualdad en algún aspecto puede significar desigualdades en otros. Por eso, el autor explica que es más apropiado hablar de estructura de rentas y no distribución de la renta. La segunda expresión no es neutral a juicios de valor, puesto que supone la existencia de una renta dada y que, también, puede y debe ser distribuida coactivamente. En realidad, la renta y la producción no son datos estáticos, más bien las rentas varían según la estructura productiva y su participación en la actividad económica. Luego, la distinción entre países desarrollados y subdesarrollados por nivel de renta no es objetiva, puesto que la línea de división es arbitraria y cambiante. Del mismo modo, sociedades

consecuencia, mayor libertad para la función empresarial, son aquellos que más han incrementado sus ingresos en el tiempo. Tercero, Acemoglu y Johnson (2005), construyen su trabajo en torno a lo que denominan instituciones contractivas y las instituciones de propiedad privada, con sus respectivos efectos en el desarrollo económico de los países. Las primeras están orientadas a centralizar el poder político y económico, mientras que las segundas crean incentivos y oportunidades necesarias para promover la energía, creatividad y el espíritu empresarial. Los resultados de estas investigaciones sugieren que las instituciones de propiedad privada son sustancialmente más importantes que las contractivas para promover el desarrollo económico, dado que las primeras incentivan la función empresarial, mientras que las segundas tienden a reprimirla.

pobres tienen rentas per cápita más elevadas que otros clasificados como desarrollados. Tal es el caso de los países petrolíferos de Oriente Medio que tienen las rentas per cápita más altas del mundo, y que se tratan con detalle en la obra. Así, los análisis empíricos presentados por Bauer muestran que la brecha depende dónde se sitúe la línea y que las desigualdades relativas de renta han disminuido a través de los años, siendo esta reducción más significativa para países con instituciones más respetuosas con iniciativa individual y la economía de mercado⁵. Por el contrario, la coacción del Estado tiende a restringir la actividad mercantil en los países pobres, lo que afecta de forma apreciable las diferencias internacionales de renta. De ahí que las expresiones de círculo vicioso de la pobreza y la inevitable ampliación de la brecha correspondan a declaraciones prescriptivas sustentadas en los errores teóricos y motivaciones políticas, las cuales serán abordadas en los siguientes epígrafes del presente trabajo⁶.

⁵ Banco Mundial (2018a) indica que la tasa de incidencia de la pobreza extrema global, sobre la base de \$1,9 USD por día (2011 PPA), ha tenido una reducción considerable desde un 42,1% en 1981, 35,3% en 1990, 25% en 2002 hasta un 10,7 en 2013. Luego, se fija la línea de la pobreza en \$5,5 USD por día (PPA), es decir, por sobre la línea convencional de \$3,2 USD por día, entonces la disminución mundial es del 68,2% en 1990 al 48,4 % en 2013. Los datos revelan que las sociedades más desarrolladas son precisamente aquellas que tienen los menores niveles de pobreza. Esto coincide con la evidencia presentada por Legatum Prosperity Index (2017), el cual estudia el nivel de prosperidad de 149 países respecto a variables como: calidad de la economía; ambiente para hacer negocios; gobernanza; educación; salud; seguridad; libertad personal; capital social; medio ambiente. Los resultados muestran una correlación directa entre el grado de progreso y disminución de la pobreza con la libertad económica e instituciones respetuosas al derecho de propiedad y el emprendimiento.

⁶ Los datos presentados por Groningen Growth and Development Centre (2018) sugieren que pobreza como norma de la humanidad significó la existencia de amplia igualdad de renta a nivel mundial. Después de 1850 el PIB per cápita creció en distintos niveles. Esto generó una divergencia entre los países en relación con la situación histórica anterior, caracterizada por relativa igualdad de renta y pobreza generalizada. Entre 1870 y 1990 la brecha de ingresos entre el país más rico y el más pobre aumentó de 8 veces a 45. Esto corresponde con la noción de Acemoglu y Robinson (2012) acerca de que sociedades con instituciones respetuosas con la propiedad privada y los vínculos contractuales tienden a ser más prósperas que aquellos países más restringidos institucionalmente. Al respecto, Reisman (2006) investiga el proceso de Globalización y la desigualdad de rentas (PIB en USD actuales), con el objetivo de realizar una proyección a cien años. En 2004 el PIB total del mundo era 40 (en billones de dólares) con una población de 6.000 millones de seres humanos. Del PIB total mundial, 13 billones

Otro axioma político importante en la literatura sobre desarrollo es aquella que asevera el carácter indispensable de la ayuda exterior para el progreso de las sociedades pobres. Cuando Bauer habla de ayuda exterior se refiere:

«trasferencias interestatales y préstamos subvencionados en dinero o en especie, que es lo que se entiende por ayuda exterior en las discusiones actuales. No se refiere a préstamos exteriores obtenidos en el exterior por los diversos Estados en condiciones comerciales, ni a la inversión privada exterior, ni a las actividades de organizaciones voluntarias» (Bauer 1983, 117).

Esta discusión se refiere principalmente a la ayuda de los Estados Occidentales a los Estados de países subdesarrollados, aunque también se aplica a la ayuda proveniente de los países comunistas. De acuerdo con Bauer, el informe Pearson evidencia que al menos dos tercios de la ayuda exterior tienen forma de subvenciones, ya sea mediante transferencias directas entre Estados o préstamos con tasas y condiciones subvencionadas. El motivo, según el autor, es extender la imposición progresiva a nivel global con transferencias obligatorias del dinero de los contribuyentes a gobiernos extranjeros. El argumento de que la ayuda exterior es indispensable para el progreso de las sociedades subdesarrolladas significa que sin un sistema de limosnas los países pobres necesariamente estarán estancados o incluso retrocederán. Dado que el atraso material impediría la formación y acumulación de capital, la tesis

pertenecieron a la Unión Europea, 12 a Estados Unidos, 5 a Japón, 1 a Canadá, 0,5 a Corea del Sur, 0,5 a Australia, 0,3 a Taiwan, 2 billones de China y 1 de India, lo que suman 36 billones. La población total de estos países es 3.500 millones. Los restantes 4 billones de riqueza provienen del resto del mundo con 2.500 millones de personas. Dado este panorama, Reisman propone un modelo que incluye el nivel de crecimiento económico promedio de los países y regiones analizadas, junto con suponer que los mismos se mantendrían relativamente constantes en cien años. Los resultados comprueban que: primero, la desigualdad mundial tenderá a desaparecer en el tiempo; segundo, la velocidad de la convergencia dependerá del crecimiento económico de los países más pobres, lo que, a su vez, está relacionado directamente con sus instituciones. Estos corolarios se verifican con los datos del Banco Mundial (2018b) y un análisis matemático elemental sobre el PIB mundial como porcentaje de los mismos sectores abordados por Reisman y una comparación en distintos periodos. La tendencia es clara: la diferencia entre el resto del mundo y los países avanzados se está reduciendo.

del círculo vicioso de la pobreza es imperiosa. Sus partidarios dicen que la única manera de romper esta tendencia es un sistema de ayudas interestatales que estimule la inversión pública. Esto sumado a intervenciones gubernamentales de la actividad mercantil abriría un camino hacia el progreso material.

Bauer argumenta que la ayuda exterior no es condición necesaria ni suficiente para el progreso económico, sino que, por el contrario, la evidencia indica que tiende a retrasarlo. Primero, la ayuda no es necesaria para el desarrollo, ya que, como hemos visto, el mero hecho de la existencia de países desarrollados lo invalida. El autor analiza experiencias de países del Lejano Oriente, sureste de Asia, este y oeste de África y en América del Sur, que comenzaron como subdesarrollados y progresaron sin ayuda exterior. Segundo, la ayuda exterior tampoco es condición suficiente. Si los determinantes del desarrollo indicados al principio de este epígrafe están presentes, enfatizando el rol de las instituciones, los estudios empíricos mantienen que el progreso material se dará incluso sin ayuda exterior. Por el contrario, si no existe propiedad privada, el desarrollo no se dará ni siquiera con ayuda exterior:

«[los partidarios de la ayuda exterior] ignoran o esconden el hecho de que las mismas poblaciones de los países desarrollados han tenido que desarrollar las facultades, actitudes e instituciones favorables para el progreso material. Este aspecto de la ayuda se relaciona con una de las muchas paradojas en este tipo de argumentaciones: la simultánea insistencia de los partidarios de la ayuda en que la gente del mundo subdesarrollado es igual que la del mundo desarrollado, o incluso moralmente superior, y también que sin ayuda en gran escala no pueden conseguir su salvación [...] Así mismo aportan verosimilitud a la imposición de restricciones perjudiciales para los contactos exteriores. Estas nociones, pues, fomentan políticas nocivas para el progreso material» (Bauer 1983, 127).

En la literatura que aborda Bauer sobre el tema no se exploran las repercusiones del flujo de ayudas interestatales en las motivaciones políticas de los países receptores. La ayuda exterior incrementa los recursos de los gobiernos perceptores en relación con el sector privado, lo que promueve la concentración de poder y la

restricción en la entrada y despliegue de capital privado. Así, los gobernantes asumen esta dependencia como dada y se intensifican los incentivos para prolongar y ampliar la adquisición de dichos recursos. La situación empeora por el trato preferencial que se da a los países más comprometidos con la planificación estatal de la economía, estimado como elemento anexo de la ayuda. Bauer concluye que tales pautas tienden a rezagar el progreso material.

Una variable del razonamiento primero señala que la ayuda es fundamental para suscitar la inversión del Estado en infraestructura (también llamado capital social fijo), que se supone esencial para el desarrollo. Bauer responde una vez más que estos argumentos no son válidos. Primero, se puede pedir prestado al extranjero a condiciones de mercado. Segundo, la infraestructura financiada y administrada en forma privada no tiene costo para los contribuyentes, además de ser más eficiente que la gestión estatal⁷. Tampoco es cierto que una infraestructura consolidada es exigencia anterior para el desarrollo, puesto que la historia económica nos enseña que ésta evoluciona en el curso del progreso económico, no por delante del mismo.

Otros justifican la ayuda exterior por el contexto de guerra fría en el cual Bauer escribió este libro. En primer lugar, representó una valiosa herramienta política de los países occidentales para mantener a las sociedades atrasadas fuera del bloque soviético. En segundo lugar, la entrega de dinero podría reducir las diferencias internacionales de renta, además de evadir la aparición de un escenario político explosivo. Ante estas afirmaciones, Bauer responde que la evidencia menciona que, salvo exiguas excepciones, la ayuda exterior promueve la planificación central. Esta situación

⁷ Mises (1944) señala que «La gestión empresarial se basa en la motivación del beneficio. Su objetivo consiste en obtener ganancias. Puesto que es posible, mediante la contabilidad, averiguar el éxito o fracaso en la consecución de este objetivo, no sólo en relación con la empresa en su conjunto, sino también con cada una de sus partes, resulta factible descentralizar tanto la dirección como la contabilidad sin poner en peligro la unidad de operaciones y la consecución del fin deseado. Es posible una división de la responsabilidad [...] Ahora podemos ya proporcionar una definición de la gestión burocrática: ésta es el método aplicable a la conducción de asuntos administrativos y cuyo resultado no se refleja como valor contable del mercado.» (Mises 1944, 70-71). Asimismo, Mises explica que la intervención del Estado tiende a debilitar la competencia y motiva la burocratización de las empresas privadas.

favorece que los gobiernos recibidores se inclinen hacia el socialismo y, en extensión, al conjunto soviético.

Un último argumento en favor de la ayuda exterior que Bauer considera es la insinuación de que estimula las exportaciones de los países receptores, lo que patrocinaría la estabilización de la balanza de pagos. El autor asevera que esta creencia es contraria a la realidad. Las exportaciones que se compran con ayuda, corresponden a regalarlas, lo que no tiene efecto en la balanza de pagos. Dado que las exportaciones tienen un contenido importado que reducen las ofertas internas, los envíos regalados agravan la situación de los pagos exteriores, junto con crecer la necesidad por deflectar la demanda⁸.

En último lugar, la literatura que discute Bauer posiciona al Plan Marshall como ejemplo de la efectividad de la ayuda exterior:

«La analogía entre la ayuda Marshall y los programas de ayuda para países subdesarrollados es falsa. Las economías de Europa occidental tenían que *restaurarse*, mientras que las de los actuales perceptores tienen que *desarrollarse*. La gente de Europa occidental tenía las facultades, motivaciones e instituciones favorables al desarrollo desde siglos antes de la segunda guerra mundial. De ahí el rápido retorno a la prosperidad de Europa occidental y la terminación de la ayuda Marshall al cabo de cuatro años, en contraste con la situación económica de la India y de muchos otros perceptores de ayuda después de un periodo más largo» (Bauer 1983, 174).

Suponiendo que, a pesar de todo lo visto hasta ahora, la ayuda exterior continua, ¿Cómo alentar posibles efectos positivos y minimizar los dañinos? Si bien Bauer explica que existe un amplio campo para mejoras, considera que lo más importante es revisar los criterios de asignación. Favoreciendo a Gobiernos que «fomenten sistemas económicos relativamente liberales en los países receptores, que minimicen la coacción y favorezcan el progreso

⁸ Lesson (2008) analiza la crítica de Bauer sobre la ayuda exterior y la contrasta con las investigaciones empírica más recientes. Se obtiene que la literatura no entrega evidencia suficiente para considerar la ayuda exterior como promotora del crecimiento económico, ni siquiera en países con un ambiente político estable.

material, especialmente la mejora en los niveles de vida» (Bauer 1983, 175). Esto es, impulsar cambios institucionales conducentes hacia el respeto de la propiedad privada, los intercambios libres y, por extensión, del emprendimiento. Del mismo modo, se podría negar la ayuda a los gobernantes que buscan enriquecerse con los fondos a costa del resto de la sociedad, habitualmente plasmado en la planificación central y en el fomento de la dependencia de la sociedad a las arbitrariedades del Estado.

II PLANIFICACIÓN CENTRAL GLOBAL

La literatura analizada por Bauer sugiere que ayuda exterior y la planificación global son indispensables para el progreso de los países pobres. En el epígrafe anterior presentamos los lineamientos generales de la crítica del autor a la ayuda exterior. Ahora nos ocuparemos de los argumentos e implicaciones en torno a la planificación estatal de la actividad económica. Quizá el exponente más influyente de esta tesis es el profesor Gunnar Myrdal quien considera la necesidad axiomática de estas medidas (véase Myrdal 1956b, 1957, 1968; Baran 1957; Kitamura 1964):

«Hoy en día se está de acuerdo en que un país subdesarrollado debería tener un plan nacional integrado. Todos los países subdesarrollados están ahora, con la aprobación alentadora y congratulada de los países adelantados, intentando proporcionarse dicho plan [...] Se supone que el Gobierno nacional tiene que asumir mediante el plan la responsabilidad de la dirección del desarrollo económico global del país.

La aparición de esta urgencia común por el desarrollo económico como una de las principales cuestiones políticas en todos los países subdesarrollados y la definición del desarrollo como la elevación del nivel de vida de la gente, el convencimiento incontestado de que el desarrollo económico es una tarea para los Gobiernos y que los gobiernos tienen que preparar y hacer que se cumpla un plan económico general, que contenga un sistema de controles e

impulsos aplicados de forma intencionada con el fin de conseguir que comience el desarrollo y de que continúe [...] El plan tiene que fijar la cuantía total de la inversión y además tiene que determinar las proporciones del capital que deberían asignarse en distintas direcciones [...] Con el fin de que sea práctico y efectivo, el plan tiene que trazarse no sólo como una estructura general, sino que esta estructura tiene que llenarse y concretarse con cuidadosos planes parciales.

Presenciamos como más de esa mitad del género humano que vive en la miseria y desgracia no sólo acepta para sí la búsqueda en gran escala de una línea política a la que estamos acostumbrados a llamar «socialista», sino que un consejo positivo y urgente a hacer esto está siéndoles dado por parte de todos los especialistas y hombres de estado de los países adelantados» (Myrdal 1956b, 63-64).

Lo curioso es que los exponentes de la planificación global no presentan pruebas empíricas en favor de su defensa a la misma⁹. En cambio, afirman que este plan necesariamente amplía el volumen de los recursos productivos y renta, sin explicar cómo ni por qué. Por ejemplo, Myrdal (1968) concibe la planificación como una remodelación del hombre y la sociedad, sus valores y actitudes. Esto permitiría impulsar políticas coactivas que reduciría la población a un estado de masa capaz seguir un plan orientado al adelante material.

Según Bauer, una economía se constituye por seres humanos que buscan deliberadamente medios para satisfacer sus necesidades. Estas acciones se plasman en vínculos contractuales, con la intención de incrementar la consecución de fines personales. Pero las implicancias de las interacciones sociales suelen ser subestimadas o

⁹ La RAE señala que socialismo es un «sistema de organización social y económico basado en la propiedad y administración colectiva o estatal de los medios de producción y distribución de los bienes». Es decir, este concepto hace referencia a un sistema de agresión institucional al libre ejercicio de la función empresarial en una determinada área social, ya que la socialización de los medios de producción implica la apropiación coactiva del cuerpo, creatividad o bien producido de las personas que no participan o comulgan con estos principios. El socialismo es un error intelectual, por el hecho de que «no es teóricamente posible que el órgano director encargado de ejercer la agresión institucional disponga de la información suficiente como para dar un contenido coordinador a sus mandatos» (Huerta de Soto 1992, 95).

incluso ignoradas en las argumentaciones sobre desarrollo económico. En particular, se debe estudiar cuáles son los mecanismos que permiten a la gente alcanzar sus propósitos y prosperar. El autor reitera que son las instituciones sociales y políticas las determinantes más importantes para el avance económico. En su ausencia, incluso la abundancia de recursos naturales y de capital (legado del pasado o suministrado por ayuda exterior) no aseguran el desarrollo y, por el contrario, la evidencia histórica muestra que generalmente lo retrasa. Sin embargo, estos elementos no son considerados por la literatura revisada por Bauer. La razón del autor es la amplia influencia de los modelos macroeconómicos basados en los supuestos de la *Teoría General* de Keynes:

«Tomados como dados el grado de capacitación y la cantidad de trabajo existente, la calidad y cantidad del equipo existente, la técnica existente, el grado de competencia, los gustos y hábitos del consumidor, la desutilidad de diferentes intensidades de trabajo y de las actividades de supervisión y organización, sí como la estructura social. Esto no significa que supongamos que estos factores son constantes; sino que simplemente que en este lugar y contexto no consideramos o tenemos en cuenta los efectos y consecuencias de cambios en los mismos» (Keynes 1936, 245).

La irrelevancia de estos modelos para explicar el desarrollo económico a largo plazo es que asumen como dados los principales determinantes del progreso material. Sólo pueden ser apropiados en un análisis de fluctuaciones a corto plazo del output de países avanzados¹⁰.

¹⁰ El proceso empresarial es competitivo. Este concepto deriva del latín *cum petito* que significa concurrencia múltiple de peticiones sobre un bien al que hay que asignar un dueño. Consiste en un proceso dinámico en el que los seres humanos, ejerciendo su función empresarial, «rivalizan por descubrir y aprovechar oportunidades de ganancia (desajustes sociales) antes de que desaparezcan aprovechadas por otro» (Huerta de Soto 2009, 10). La visión presentada contrasta con la situación de competencia perfecta o imperfecta de los teóricos del equilibrio. Una situación de competencia perfecta consiste en que múltiples oferentes venden exactamente el mismo producto y al mismo precio, por ende, no existe función empresarial y, paradójicamente, nadie compete. La definición errónea de «competencia perfecta» lleva a definir de manera igualmente errónea el monopolio (competencia imperfecta) como una «situación» estática, donde existe sólo un vendedor de un bien determinado. Según los economistas matemáticos, estos

La planificación global no impulsa el cambio institucional respetuoso con la propiedad privada y los intercambios libres. Refuerza el sometimiento del individuo a los arbitrios de la autoridad política, además de suscitar una ampliación continua del control Estatal en las distintas parcelas de la sociedad. Esto desalienta confianza y la actitud empresarial al tiempo que aumenta la dependencia de las personas al Estado. Los controles más importantes incluyen el confinamiento de las principales industrias, estableciendo una red de monopolios estatales, un régimen de barreras al comercio internacional y la creación de empresas estatales. Como se puede deducir, esto restringe el campo de elección de la gente. Asimismo, estos controles tienden a estandarizarse a escala regional o nacional, lo que tiene un impacto directo en las condiciones de oferta, el acceso a los recursos y a las demandas del consumidor. La oferta estaría guiada por intereses políticos y ésta ya no se correspondería con las necesidades de las personas. Esto ocurre porque el plan se impone por la fuerza y es arbitrario, de lo contrario no se requeriría la coacción institucional del Estado. Todo esto sirve como fuente de financiación y poder de los dirigentes políticos.

Los ingenieros sociales que conducen la planificación global encuentran cada vez mayores dificultades en el control social. La coacción del Estado modifica los incentivos de esfuerzo personal, consumo, ahorro, inversión y otras iniciativas adicionales. Esto exacerba el conflicto social, además de agudizar la lucha por el poder, al menos hasta que se logre suprimir a la oposición política. Tal situación crea ansiedad y preocupación generalizada, además de impedir en mayor medida la posibilidad de ejercer la coacción y obtener los resultados deseados. Al respecto, el autor plantea que la discrepancia entre las formulaciones de una política y su ejecución en el mundo real:

monopolistas podrían imponer sus precios artificialmente altos a costa de los consumidores. Por el contrario, Kirzner (1975) afirma que la concepción dinámica de la competencia, tal como es estudiada por la escuela austríaca, se plantea que hay monopolio cuando la coacción del Estado impide el libre ejercicio de la función empresarial en cierta parcela de la sociedad. En un mercado libre, el predominio de una empresa significa que está prestando un buen servicio, esto es, bienes de mejor calidad y a menor precio que los competidores, ya que en el mercado no existen los derechos adquiridos.

«se ven sujetas a los procedimientos políticos y administrativos de la sociedad y por tanto difiere marcadamente del mundo simplificado e idealizado de las formulaciones y modelos teóricos que a veces se invocan en apoyo de la planificación central. Como no es probable que la vida real llegue a parecerse a la formulación que de los métodos de planificación se hace en los textos, parecería apropiado que en este caso la formulación de los mismos intentase aproximarse a la situación real» (Bauer 1983, 106).

Una vez entendido esto, resulta claro que las posibilidades de la coacción estatal en el fomento del desarrollo económico parecen limitadas e incluso contraproducentes. Es decir, las afirmaciones sobre la planificación global carecen de fundamento científico¹¹. No obstante, el autor señala que estos resultados no encubren un alegato en favor

¹¹ Las interacciones de las personas en el proceso de mercado generan conocimiento, la información llega a ser conocida y los precios se determinan en toda la sociedad. Espinosa (2017) señala que los precios en dinero surgen como resultado involuntario de interacciones voluntarias de una multitud de individuos que persiguen sus fines y necesidades particulares. Los precios que emergen en un mercado transmiten conocimiento sobre la escasez relativa de los bienes y servicios que valoran subjetivamente cada actor en su calidad de oferente o demandante, que sirve como ayuda a las mentes humanas para realizar un cálculo racional. Ludwig von Mises advirtió una falta de atención de los economistas al estudio de la economía socialista: «Se subestimaba la importancia de los precios para la planificación central, ya que la misma lógica del equilibrio general que Walras había desarrollado para analizar el capitalismo era aplicada al socialismo» (Lavoie 1981, 43). Así, publica su ensayo *Cálculo económico en el sistema socialista* (1920), que da inicio al debate entre economistas austríacos y neoclásicos, sobre la imposibilidad del cálculo económico en un sistema socialista desde una perspectiva dinámica del mercado. Mises ofreció su desafío: que un cálculo económico racional bajo el socialismo es imposible (Boettke 1987, 10). Él argumentó que sin propiedad privada de los medios de producción no puede existir mercado. Sin mercado —planteó— no existen precios de mercado expresados en dinero para los medios de producción, entonces el cálculo no es posible y los planificadores sociales no podrán hacer uso de la contabilidad ni de la evaluación de proyectos, es decir, no es posible economizar recursos. En otras palabras:

«La demanda en el mercado de bienes de consumo hace que se imputen valores a los factores en la cadena productiva para responder a las necesidades expresadas por requerimientos de aquellos bienes finales. La única forma de coordinar la producción es la propiedad privada de los factores de producción (y no tan sólo de los bienes de consumo), lo cual constituye el único procedimiento posible para el cálculo económico sobre el que puede llevarse a cabo la evaluación de proyectos y la contabilidad» (Benegas Lynch 1993, 107).

¿Es posible que el gobierno cuente con el conocimiento para asignar de manera racional los recursos escasos y saber qué proyectos son económicamente factibles y

del *laissez-faire*. Al contrario, los resultados indican que la preocupación por la planificación central ha desviado la atención en la literatura sobre las funciones estatales esenciales. Para Bauer estas facultades incluyen mantener la ley y el orden, gestión del sistema monetario y fiscal, resolver los asuntos exteriores, promover un marco institucional adecuada para la iniciativa de las personas, provisión de servicios elementales como salud y educación. Su opinión tiene dos razones: primero, considera que la estructura institucional en la que funciona el mercado no surge de forma espontánea y debe ser establecida por ley; segundo, estimular los contactos económicos entre las personas. En este sentido, Bauer plantea que el Estado debiese proporcionar las bases institucionales para el despliegue de la propiedad privada, los intercambios libres, la ampliación de los mercados y, por extensión, mejorar los niveles de vida de la gente. Luego reconoce que los gobiernos frecuentemente descuidan inclusive sus funciones básicas y, además, esta situación empeoraría si la coacción se vuelve más extensa y profunda.

La obra continúa con un análisis referente a los diversos argumentos en favor de la planificación. Primero, se considera que el control estatal eleva el nivel de ahorro e inversión. Como hemos comprobado, la compulsión del Estado distorsiona la asignación de los recursos hacia fines arbitrarios que no corresponderán con las preferencias de los consumidores. En caso distinto, la coacción no tendría razón de ser. Igualmente, los elementos de la planificación central son precisamente los que reducen el ahorro y la inversión. Ahora bien, estas variables se podrían estimular con políticas fiscales y financieras, así como mediante el cambio institucional. Otros métodos considerados por Bauer es el superávit presupuestario o incentivos al ahorro privado. Segundo, se dice que la planificación es fundamental para impulsar la industria manufacturera y otras que se suponen imprescindibles para la mejora económica. La experiencia de ex colonias como Canadá, Nueva Zelanda, Hong Kong, entre otras, sugiere que la industrialización es consecuencia del progreso económico y no un prerrequisito. Tercero, otros proponen que la planificación global sustituiría una falta de talento e

cuáles no en función de los fines y necesidades de todas y cada una de las personas? Mises concluye que eso es imposible.

iniciativa empresarial en los países pobres. Empero, es la coacción institucional la que tiende a obstruir más que fomentar la aparición de la iniciativa individual, la extensión de los mercados y el desarrollo¹².

El estudio de la planificación central y sus secuelas en la economía sirve como marco teórico para el siguiente tema de la obra. Nos referimos a la relación entre el colonialismo y el subdesarrollo. Efectivamente, desde la primera guerra mundial y aun en mayor medida luego de la segunda, han abundado las publicaciones aseverando que la pobreza de las sociedades subdesarrolladas es resultado de la acción de los países avanzados, especialmente a través del colonialismo. Bauer extiende el análisis de estos argumentos y descubre que «no es cierto que Occidente haya causado la pobreza del mundo subdesarrollado, bien sea a través del colonialismo o de otra forma» (Bauer 1983, 197). Un punto de partida adecuado para la discusión es la primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y Desarrollo (UNCTAD), la cual indica:

«La completa descolonización, en cumplimiento de la declaración de las Naciones Unidas sobre la concesión de la independencia a los países y hombres colonizados y la liquidación de los residuos de colonialismo en todas sus formas, es una condición necesaria

¹² Ludwig von Mises explica que «la actividad intervencionista da lugar a que ciertos grupos o individuos se enriquezcan a costa de otras personas o agrupaciones [...] No existe nada parecido a un método justo y eficaz para ejercer el tremendo poder que el intervencionismo pone en manos tanto del poder legislativo como del ejecutivo [...] El intervencionismo genera siempre corrupción» (Mises 1949, 866-867). En este sentido, Jesús Huerta de Soto añade: «Los seres humanos coaccionados o administrados, pronto descubren empresarialmente que tienen más posibilidades de lograr sus fines si, en vez de tratar de descubrir y coordinar los desajustes sociales aprovechando las correspondientes oportunidades de ganancia que los mismos generan, dedican su tiempo, actividad e ingenio humano a influir sobre los mecanismos de toma de decisiones del órgano director» (Huerta de Soto 1992, 119). Al respecto, el Índice de Percepción de la Corrupción (2017) otorga puntuación y clasifica a los países según las percepciones acerca del grado de corrupción que existe en el sector público. Es realizado por *Transparency International* y es el indicador de corrupción más usado en el mundo. El estudio revela que, de los 176 países analizados, aquellos con las instituciones más respetuosas con la propiedad privada y los contratos voluntarios tienen menor nivel de corrupción. Mientras que las instituciones restrictivas con la iniciativa individual y los mercados libres tienden a ser los más corruptos.

para el desarrollo económico y el ejercicio de derechos soberanos sobre los recursos naturales» (Bauer 1983, 198).

Esto no tiene relación con la realidad. Muchos de los países más prósperos que fueron colonias, tales son los ejemplos de Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, ya eran más avanzados que sus pares cuando todavía eran colonias. El autor investiga los casos de África y Asia, y concluye que el régimen colonial ha fomentado, y no retardado, el progreso material. Sin embargo, es imposible comparar la situación actual respecto de cómo habría sido en ausencia del proceso de colonización, el tipo de régimen político que hubiese existido y también los supuestos efectos de las políticas adoptadas en el desarrollo económico. Pero los hechos prueban que los gobiernos coloniales establecieron el orden y la ley, resguardaron los derechos de propiedad privada y las relaciones contractuales. Se introdujeron servicios básicos de educación, salud, transporte, además de instituciones legales y financieras. Esto también favoreció la producción, la ampliación de los mercados y el comercio internacional. La presunción de que el régimen colonial ha fomentado y no retrasado el desarrollo en el siglo xx, se ve respaldada por el atraso material de países independientes en comparación ex colonias de la misma región. Ejemplos de ello son Etiopía, Liberia, Uganda y Ghana.

Un argumento más reciente y menos conocido, aunque influyente, apunta que el colonialismo político ha retrasado el progreso económico de las colonias, puesto que las ha privado de los beneficios de la planificación de un Estado nacional soberano. Esta opinión es defendida por autores como Myrdal:

«La falta de independencia política supuso la ausencia de un propósito unificador e integrador en la colectividad [...] La independencia política que han ganado por sí mismos o que ahora están ganando, constituye su activo más precioso: el Estado nacional» (Myrdal 1956b, 59).

Estas indicaciones exageran las capacidades del Estado como instrumento de planificación y de progreso económico. El desempeño

de antiguas regiones coloniales de África y Asia, tanto en el siglo XIX como XX, revelan lo contrario. Así, Bauer comienza un minucioso análisis del marxismo y sus variables, para indagar su influencia y secuelas en el desarrollo económico de distintos países de la órbita soviética. Los resultados revelan que la experiencia soviética enfatiza el crecimiento de la capacidad industrial y el poder militar, sin hacer referencia a las preferencias de los consumidores, los costes o el bienestar en términos de nivel de vida o falta de libertad personal. Esta literatura tampoco se menciona la naturaleza comparativamente adelantada de la Rusia prerevolucionaria o al desarrollo de muchos países que Bauer explora y que han progresado rápidamente sin coacción masiva del Gobierno. En cambio, se destaca la fuerte influencia soviética en los medios de comunicación y enfatiza el apoyo abrumador de los intelectuales Occidentales y subdesarrollados. Esta situación es reflejada por el profesor Hayek:

«En ningún otro campo se ha dejado sentir más fuertemente durante los últimos cien años la influencia predominante de los intelectuales socialistas que en los contactos entre diferentes civilizaciones nacionales [...] Esto es lo que básicamente justifica el extraordinario espectáculo de que durante generaciones el pretendido occidente capitalista ha estado prestando su apoyo moral y material casi exclusivamente a aquellos movimientos ideológicos en los países orientales que aspiraban a minar la civilización occidental; y que al mismo tiempo la información que el público occidental ha obtenido acerca de los acontecimientos en la Europa central y oriental casi inevitablemente ha sido teñida con sesgo socialista» (Hayek 1960, 375).

La tesis de que la planificación global permite el desarrollo económico resulta totalmente falsa, ya que no tienen relación con las diversas realidades históricas, teóricas y empíricas. En seguida Bauer crítica las ideas promovidas por las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD). En particular, el documento más influyente para las reuniones posteriores, *Hacia una nueva política comercial para el desarrollo*, también conocida como informe Prebisch. Este artículo destacó por sus polémicas sobre los países subdesarrollados y las políticas de desarrollo. Su editor

principal, Raúl Prebisch, fue el primer secretario general de la UNCTAD y antiguo secretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina. Estos escritos dan por sentado que el desarrollo económico depende en gran medida del intervencionismo estatal y especialmente de la planificación central global. Entre las propuestas de política de la UNCTAD se encuentran: primero, la expansión de la ayuda exterior intergubernamental que se considera indispensable para el desarrollo económico; segundo, suponen el incremento del gasto público permitirá el avance material que también dependen de las condiciones del mercado y las dificultades de la balanza de pagos; tercero, un paquete de políticas proteccionistas, reformas agrarias y un sistema de sustitución de importaciones, con el fin de potenciar la industrialización manufacturera y tener independencia económica respecto a los cambios externos; cuarto, fijación de precios de la exportaciones de los productos primarios.

El autor contrasta estos postulados con la realidad empírica de países de América Latina, África y Asia. Se encuentra, una vez más, que la supuesta necesidad axiomática de la planificación del desarrollo resulta falaz. Primero, ya se demostró que la ayuda exterior no es necesaria ni suficiente para el progreso económico y tiende a retrasarlo. Segundo, Bauer trata los efectos teóricos e históricos del control estatal de la economía en la asignación de los recursos escasos, la producción y el avance material de los países pobres. Los resultados sugieren que la planificación central tampoco es necesaria ni suficiente, ya que su aplicación se guía por la arbitrariedad de los gobernantes, lo que fomenta la descoordinación entre la oferta y la demanda, además de atrasar el desarrollo. Si aceptamos posibles deterioros en los términos de intercambios, esto constituye un factor en favor de la flexibilidad de la economía y no es motivo para la compulsión institucional. Al respecto Bauer concluye que:

«A la vista de la tendencia actual de las relaciones de intercambio de los países subdesarrollados y de su participación en el comercio mundial en las últimas décadas, el informe Prebisch se tiene que considerar como simple ficción o propaganda política» (Bauer 1983, 380).

III

CONSENSOS, METODOLOGÍA Y EL ROL DEL ECONOMISTA

Las siguientes observaciones se refieren al estado de la ciencia económica y su validez para suscitar el crecimiento económico. A partir de Rottenberg (1964), Bauer afirma que existen cuatro reglas elementales de economía especialmente útiles en esta área: primero, la teoría de la oferta y demanda en su relación con el precio y el coste como coste de oportunidad; segundo, la teoría de los precios relativos; tercero, la ley de ventaja comparativa; cuarto, las relaciones entre los flujos de renta monetaria, el volumen de empleo y la balanza de pagos. Según el autor, estos principios son precisos para obtener políticas económicas, evaluar las opciones de acción y su eficacia. También permiten advertir la incidencia y efectos de las diferentes intervenciones del Estado.

Un ejemplo concreto es el establecimiento de salarios mínimos por ley. Estas medidas elevan los salarios por encima del precio de mercado. El precio muestra la productividad marginal del trabajo, lo que a su vez tiene relación con su escasez económica. La regulación de los salarios afecta el nivel de empleo, las perspectivas de industrialización y la organización de la actividad económica en muchos países subdesarrollados. Estas y otras implicaciones económicas sólo se pueden apreciar debidamente con la teoría elemental, incluso «sin una investigación econométrica o estadística» (Bauer 1983, 384). Sin embargo, la gente suele no conocer los postulados científicos del proceso de interacción social en el mercado, lo que da cabida a la manipulación política e ideológica. Por eso el autor sugiere que el rol del economista debe ser la educación económica:

«Esta asimetría en la percepción por parte de la gente de los beneficios y pérdidas derivados de las actividades de otros y la creencia de que las rentas de determinados grupos proceden de otros sin que haya ninguna explicación económica son a menudo los principales factores existentes detrás de la justificación gubernamental del restriccionismo económico y de otras varias medidas contra determinados grupos y clases. Otro de los factores subyacentes a estas medidas comprenden el fracaso en apreciar algunos de los

más importantes, aunque no inmediatamente obvios efectos del restriccionismo, tales como la incidencia del coste del restriccionismo sobre aquellos que se hallan excluidos de la actividad restringida, o los efectos del restriccionismo sobre el crecimiento de los recursos y el desarrollo en general» (Bauer 1983, 385-386).

Otro factor es la creencia de que la coacción institucional es vital para reducir la pobreza o subsanar la debilidad del poder de negociación de la población local frente a grupos extranjeros. Esto ignora las derivaciones adversas de la planificación central en la economía y el desarrollo de los países pobres. El peligro de explotación depende de la ausencia de alternativas, es decir, cuando estamos en presencia de monopolios asegurados por el Estado. Estas influencias, como la creencia de que los beneficios son extraídos de otros y no ganados en el mercado, han contribuido a la ejecución del dominio estatal de la economía en muchos países subdesarrollados.

Ahora bien, asumiendo que los economistas tienen un conocimiento acabado de los principios teóricos elementales, ¿Esto les permitirá efectuar la organización global de la economía con éxito? En primer lugar, el epígrafe anterior muestra que la planificación global es científicamente insostenible. Así lo prueban los argumentos de Bauer sobre los inconvenientes de la coerción, lo que, además, fue complementado por el teorema de la imposibilidad del cálculo económico bajo el socialismo. En segundo lugar, existen dificultades epistemológicas al respecto. Bauer reconoce que:

«Al igual que muchas otras disciplinas científicas, las ciencias sociales descansan en gran parte en conceptos abstractos y generales. Pero mientras en algunas otras disciplinas, especialmente en matemáticas y ciencias naturales, los conceptos abstractos son utilizados de manera coherente y precisa, no ocurre lo mismo en economía» (Bauer 1983, 387).

En las ciencias naturales existen constantes en la concatenación de los fenómenos estudiados, lo que permite al científico natural encontrar las variables relacionadas y realizar cálculos cuantitativos. En contraste, en las ciencias sociales y la economía, los parámetros y su interacción con las variables convencionales cambian

a través del tiempo de un modo que en general es difícil o imposible predecir como en la física. El uso y abuso de utilizar el método de las ciencias naturales en la economía, como forma de asistencia técnica, enfrenta varias restricciones. Primero, es inadmisibles computar con certeza todos los fenómenos económicos. El razonamiento técnico puede ayudar a calcular efectos de variables dependientes medibles sobre otras independientes también medibles, ambas cuantitativamente. Pero estas variables suelen afectar y ser afectados por otros componentes fuera de lo directamente observable o de la capacidad del especialista. Entonces, los modelos sintéticos dependen de los juicios de valor del economista. Es decir, la elección de las variables es susceptible de presentar sesgos en favor de las que permitan y favorezcan la reducción del análisis¹³. La predilección por la simplificación también ha descuidado

¹³ Este análisis de Bauer es complementado por la crítica al positivismo efectuada por los teóricos de la escuela austríaca. Primero, el problema del positivismo es que pretende utilizar el método de las ciencias naturales para estudiar la acción humana, dando entrada a la ingeniería social, además de suponer predicciones y resultados similares a los obtenidos en la física. De ahí que la economía neoclásica utiliza modelos de equilibrio que describen un mundo estático y simultáneo, donde los fines y medios de las personas son datos conocidos de forma cierta o probabilística. Segundo, la matemática es el método apropiado para la física, donde existe constancia e inmediatez en los acontecimientos, por lo que carece del factor tiempo (futuro está implícito en el presente). Tercero, el formalismo matemático sólo admite estudiar estáticas comparativas, lo que lleva al científico, necesariamente, a proponer supuestos excesivamente simplificados o falsos para estudiar la acción humana, intentando imitar a los fenómenos físicos.

En física, los axiomas, y por tanto las deducciones, son en sí mismos puramente formales y solo adquieren significado operacionalmente en la medida en que puedan explicar y predecir hechos dados. Por eso, la matemática en economía incorpora categorías conceptuales demasiado sencillas para la explicar las consecuencias formales de la acción, la creatividad humana y el transcurso subjetivo del tiempo. Si bien la matemática entrega precisión en su resultado y tiene utilidad como mecanismo auxiliar de cierto valor, la praxeología que es el método de la escuela austriaca, en cambio, proporciona precisión, flexibilidad y un mayor grado de realismo al científico social sobre el análisis la acción humana. Se trata de elaborar un arsenal teórico de una manera apriorística y deductiva, a partir de conocimientos autoevidentes derivados del concepto de acción. En palabras de Keynes:

«Un gran defecto de los métodos simbólicos pseudomatemáticos de formalizar un sistema de análisis económico es que suponen expresamente una estricta independencia entre los factores implicados y pierden toda su fuerza convincente y autoridad si su hipótesis se rebate: sin embargo, en el discurso ordinario, no estamos manipulando a ciegas sino que sabemos todo el tiempo qué estamos haciendo y qué significan las

la observación directa de la complejidad de las situaciones, la importancia de las referencias históricas y factores contingentes:

«Mientras la elección de variables, fundada en la conveniencia lógica, simplificación o elegancia del análisis, es a menudo fructífera en las ciencias naturales, no suele ser así en los estudios sociales, donde el reconocimiento de la complejidad de un problema es indispensable para la obtención de resultados válidos, especialmente de resultados con valor predictivo» (Bauer 1983, 399).

Según Bauer, gran parte de los modelos presentados en la literatura se encuentran lejos de la realidad. Primero, utilizar el método de las ciencias naturales en economía implica emplear el formalismo matemático. Esto lleva al científico a establecer supuestos reduccionistas de la realidad, de manera que se pueda utilizar la matemática. Segundo, la resolución de las circunstancias sociales y políticas no pueden derivar sólo de recetas matemáticas. No obstante, los economistas suelen recurrir con frecuencia al formalismo exacto de las ciencias naturales¹⁴. Bauer diferencia entre los economistas que reconocen las limitaciones de los modelos matemáticos y aquellos, muchas veces autores muy influyentes, que

palabras [...] Una proporción demasiado grande de economía «matemática» es un simple mejunje tan impreciso como las suposiciones iniciales en las que se basa, que permite al autor perder de vista la complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretencioso e inútiles» (Keynes 1936: 297-298).

¹⁴ De acuerdo con el método de contrastación empírica, el economista debe elaborar una hipótesis que, junto a una serie de supuestos elegidos arbitrariamente, intenta contrastar con la realidad. Bruce Caldwell (1984) plantea que un test de una hipótesis es siempre condicional, ya que describe un fenómeno cuyas variables incluyen el supuesto de *ceteris paribus*. Además, el economista sólo puede acceder a datos históricos, pero en general, no todas las variables son conocidas y un número de ellas varían continua y simultáneamente. En este sentido, Huerta de Soto (2011) menciona cuatro problemas en el uso de métodos de contrastación empírica en economía. Primero, la acción humana implica un inmenso volumen de información. Segundo, esta información se encuentra diseminada en la mente de cada ser humano y es de carácter subjetiva y tácita. Tercero, el conocimiento empresarial no está dado, sino que cambia continuamente como resultado de la creatividad humana. Esto hace imposible transmitir hoy una información que aún no ha sido creada. Cuarto, «la coacción distorsiona, corrompe, dificulta o simplemente imposibilita la creación empresarial de información, por tanto, el ideal socialista como el ideal positivista son imposibles desde el punto de vista de la teoría económica austríaca» (Huerta de Soto 2011: 252).

ignoran estas restricciones y en la práctica justifican la ingeniería social, el intervencionismo estatal e inclusive la planificación global de la economía.

Los vicios de la literatura sobre desarrollo económico han estado cubiertos bajo formas de presentación que brindan al público profano un aspecto científico, principalmente a través del uso de técnicas matemáticas y símbolos algebraicos. Estos métodos reflejan la pobreza teórica para estudiar la Economía del desarrollo, ya que no consideran que en la realidad todos los parámetros son variables que no se pueden predecir como en las ciencias naturales. El uso de las matemáticas también ha desviado la atención de las razones determinantes del progreso material¹⁵.

El olvido de la teoría económica elemental ha hecho que muchas de las principales publicaciones sobre desarrollo económico «sean inútiles o confusas parodias de la realidad» (Bauer 1983, 405). La teoría económica permite explicar la realidad de modo lógico y deductivo referido a las consecuencias de los distintos cursos de acción. Bauer cree que esto es apropiado tanto para explicar una buena parte del panorama, como para evaluar las políticas económicas para el fomento del avance de los países pobres. «La consideración de estas cuestiones parece necesaria para cualquier estudio

¹⁵ Mises considera que es imposible efectuar predicciones cuantitativas en economía, ya que el economista no cuenta con la información subjetiva que están creando continuamente las personas. La praxeología, al contrario del positivismo, sólo admite predicciones de tendencia. Estas son de tipo cualitativo, teórico y relativo a los resultados de distintas formas de acción, además de la previsión de los desajustes y efectos de las políticas gubernamentales sobre el mercado. En palabras de Mises: «El conocimiento praxeológico permite predecir con certeza apodíctica las consecuencias de diversas formas de acción. Pero tales predicciones jamás nos ilustran acerca de aspectos cuantitativos [...] El error fundamental de todo enfoque cuantitativo de los problemas económicos estriba en olvidar que no existen relaciones constantes en las llamadas dimensiones económicas. No hay constancia ni permanencia en las valoraciones ni en las relaciones de intercambio entre los diversos bienes. Todas y cada una de las continuas mutaciones provocan nueva reestructuración del conjunto» (Mises 1949: 142). En este sentido, Rothbard argumenta que: «El mero desarrollo verbal de la economía, para después traducirla a símbolos lógicos y por último verter nuevamente las proposiciones al idioma hablado, no tiene sentido y viola el principio científico fundamental de la navaja de Ockham, que exige la mayor simplicidad posible en la ciencia, evitando la multiplicación innecesaria de los entes o de los procesos. Contrariamente a lo que podría creerse, la lógica tradicional no es inferior a la lógica simbólica. Por el contrario, esta última es meramente un artificio auxiliar basado en la primera» (Rothbard 1962: 74).

sobre el desarrollo que intente presentarse como serio» (Bauer 1983, 427). Bauer manifiesta que la observación directa y las fuentes primarias se han descuidado en buena parte de la literatura sobre desarrollo económico. Como resultado, estos economistas analizan situaciones y sistemas que no conocen; «literalmente, no saben de lo que están hablando» (Bauer 1983, 406). Por eso, la investigación directa y la experiencia histórica admiten, por ejemplo, conseguir referencias ciertas sobre aspectos del adelanto económico, el origen y funcionamiento de las instituciones, la base y resultados de determinadas políticas, entre otras. Un conocimiento de la historia económica es ventajoso para ilustrar los problemas del subdesarrollo. Por consiguiente, el autor indica que el estudio de las economías rezagadas debe ser multidisciplinario, especialmente entre economía, historia y antropología. Esta reciprocidad concedería al científico de un análisis más prolífico sobre las situaciones o fases del desarrollo que hasta ahora se han tratado de manera imperfecta.

La obra, y de manera sintetizada en los epígrafes del presente artículo, expone un consenso unánime de distinguidos economistas sobre el método de la economía y la política del desarrollo. Bauer explica que las ideas del acuerdo son espurias:

«son incompatibles con la simple observación empírica, con las establecidas y elementales proposiciones de la economía y también con las conclusiones ampliamente aceptadas y bien documentadas de disciplinas análogas, especialmente de la historia económica y la antropología social» (Bauer 1983, 433).

Los elementos más significativos del consenso son los siguientes: primero, se dice que la característica común de los países subdesarrollados es su extrema pobreza y la paralización de sus economías. Esto es resultado del círculo vicioso de la pobreza; segundo, la pobreza corresponde a un accidente histórico en el que han contribuido los países ricos, especialmente por el colonialismo, retardando el desarrollo de la industria manufacturera y afectando las relaciones de intercambio; tercero, otro rasgo de los países atrasados es el rápido incremento demográfico, mercados internos precarios, además de la responsabilidad del sistema de

propiedad privada por el estanco de la agricultura y la industria manufacturera. Del mismo modo, la gente acomodada despilfarra sus ingresos en bienes de lujo, atesoran sus ahorros, exportan su capital al extranjero o los destinan a usos socialmente estériles; cuarto, lo anterior sugiere la planificación global de la actividad económica y la ayuda extranjera a gran escala como imprescindibles para el progreso material; quinto, también se respaldan otras políticas como el control estatal de las relaciones económicas exteriores, fomentar la industria manufacturera amparada o explotada por el Estado y un embargo parcial o total de la propiedad inmobiliaria.

Estos planteamientos padecen errores de fondo. Primero, no es cierto que los países subdesarrollados son una masa homogénea e inmóviles. Las sociedades subdesarrolladas difieren considerablemente entre sí, tanto en los niveles de renta como en el desarrollo material. Así lo comprueban las experiencias de los países en Extremo Oriente, América Latina y África occidental. Es más, la línea divisoria entre países subdesarrollados y desarrollados es arbitraria y cambiante. Igualmente, el círculo de la pobreza es inconciliable con la experiencia diaria y las pruebas de la historia económica. Segundo, la noción de que los países ricos impiden el avance de las sociedades rezagadas es objetada porque la idea de progreso económico es de origen occidental. Asimismo, los sectores subdesarrollados más prósperos son aquellos que han establecido contactos más estrechos con occidente. Mientras que los países más atrasados suelen tener comercio internacional precario o incluso carecer de ello. Es más, países hoy industrializados que fueron colonias ya eran más prósperos bajo dicho sistema en relación a sus pares. Asimismo, el epígrafe anterior señaló que es el control estatal y no el mercado lo que perjudica las relaciones de intercambio. Tercero, la historia económica ratifica que la pobreza ha sido la norma y el desarrollo la anomalía. La precariedad de los mercados y la falta de actividad empresarial dependen del marco institucional de cada país. Si se respeta la propiedad privada y los vínculos contractuales, aparecerá la confianza para emprender, innovar e intercambiar, lo que resulta en una extensión de los mercados. Cuarto, la planificación global y la ayuda exterior no han aportado al desarrollo de ningún país que hoy se considera desarrollado. Tampoco

explican el progreso de muchos países pobres que han avanzado desde finales del siglo XIX. Ahora bien, entre los factores y causas que parecen estar detrás de consenso se encuentran:

«La rápida y repentina expansión del interés por la economía del desarrollo; la preponderancia del fin político en el razonamiento claramente académico, y el fracaso o negativa a distinguir entre el desarrollo del conocimiento y el fomento de los objetivos políticos; determinadas características del panorama cultural contemporáneo, especialmente en Occidente, incluida la actuación de fuerzas ideológicas; la influencia de motivos políticos y psicológicos y de intereses comerciales y administrativos que refuerzan estos motivos; y determinados problemas de metodología en la economía del desarrollo» (Bauer 1983, 444).

Académicos como Myrdal y otros han subrayado en sus obras que el razonamiento objetivo en economía es imposible, ya que la búsqueda del conocimiento se encuentra guiada por juicios de valor y, además, regidas políticamente. No obstante, si esto fuera cierto sería imposible diferenciar entre asuntos de lógica y objetivos políticos, lo que enlazaría una vuelta a la ignorancia. Bauer discute que esta credulidad intelectual se debe a la influencia marxista en la literatura del desarrollo económico, fundadas en Marx y Engel con sus escritos rebosados de incoherencias lógicas y profecías frustradas que el autor trata en detalle. Por lo demás, el consenso se va visto reforzado por no tener en cuenta los problemas metodológicos que Bauer reconoce como historicismo, derivado del positivismo, término acuñado por Karl Popper para indicar «un enfoque de las ciencias sociales que supone que la predicción histórica constituye su objetivo principal» (Popper 1957, 3). El principal atractivo es:

«su promesa del establecimiento de leyes universales análogas a las de las ciencias naturales, las cuales se espera que expliquen el pasado y predigan el futuro y quizás hagan posible el control consciente del curso futuro de los acontecimientos a través de la manipulación tanto de las personas como del medio. El atractivo de esta idea es particularmente fuerte cuando el prestigio de las ciencias naturales es alto, y especialmente en épocas de rápidos

cambios sociales y preocupación general sobre el futuro» (Bauer 1983, 474).

La evidencia indica que las predicciones del historicismo han sido un completo fracaso y sus pretensiones científicas han sido objetadas repetidas veces por pensadores como Ludwig von Mises, Friedrich von Hayek y Karl Popper¹⁶. Sin embargo, esta metodología ha desbordado la ciencia económica moderna, ayudada por restos de información histórica, estadísticas bastante simples y la noción de agregados macroeconómicos. Se aplica un paso de lo general a lo particular que se asume universalmente válido y, por tanto, justifica la compulsión del Estado en las distintas parcelas de la sociedad. Los efectos del socialismo y la ingeniería social vistos en el epígrafe anterior hacen que tales creencias y pretensiones sean infundadas y contraproducentes en el desarrollo económico.

CONCLUSIONES

Lord Bauer fue una voz en desierto. Sus contribuciones a la Economía del desarrollo fueron ignoradas por el *mainstream*, mayoritariamente neoclásico, que aun sustenta la ingeniería social y el intervencionismo del Estado en la economía. Sin embargo, la historia y los datos le dieron la razón. Primero, los efectos contraproducentes de la planificación central global y el socialismo se plasmaron en el derrumbe de la extinta Unión Soviética, junto con la cortina

¹⁶ «El historicista, en realidad, no deriva sus profecías históricas de predicciones condicionales y científicas [...] Posiblemente no puede hacerlo así porque las profecías a largo plazo sólo pueden derivarse de predicciones científicas y condicionales si se aplican a sistemas que puedan describirse como aislados, estacionarios y recurrentes como en las ciencias naturales. Estos sistemas son muy raros en la naturaleza; y la moderna sociedad con toda seguridad no es uno de ellos [...] Los más destacados aspectos del desarrollo histórico no son repetitivos. Las condiciones son cambiantes, y las situaciones que se producen (por ejemplo, como consecuencia de nuevos descubrimientos científicos) son muy distintas de todo cuanto sucedió con anterioridad. El hecho de que nosotros podamos profetizar eclipses no proporciona, por ello, una razón válida para que esperemos poder predecir revoluciones» (Popper 1959, 279-280). Cursiva es mía.

de hierro y la guerra fría. Esto llevó a que los países empobrecidos por el comunismo transformaran sus instituciones hacia la propiedad privada, la economía de mercado y la democracia. Segundo, el progreso acelerado de estas y otras economías subdesarrolladas en todo el mundo, además de la evidencia empírica elemental, invalidan las tesis del círculo vicioso de la pobreza y la brecha. De igual modo, ejemplos como el de Chile, entre muchos otros, demuestran que los países pobres pueden prosperar y que la ayuda exterior no es necesaria ni suficiente (véase Luders 1998). Tercero, todo esto ocurrió mientras algunos de los economistas más destacados ensalzaban el «éxito» de la economía soviética. Entre ellos destaca el caso de Paul Samuelson y Ronald Coase, ambos galardonados con el Premio Nobel de Economía:

«La economía soviética es una prueba de que, contrariamente a lo que muchos escépticos habían creído anteriormente, una economía socialista puede funcionar e incluso prosperar» (Samuelson 1989, 837).

«Nada de lo que había leído o sabía sugería que el colapso del sistema socialista iba a ocurrir» (Coase 1997, 45).

Estos son los resultados de utilizar el método de las ciencias naturales en la economía, tal como advirtió Bauer en su obra. En efecto, el uso y abuso del formulismo matemático para intentar establecer relaciones exactas como en la física les ha llevado a estudiar la economía como una serie de situaciones estáticas, con supuestos ajenos a la realidad, donde la información se presume dada y el futuro está implícito en el presente. Así, el científico social tendría la facultad de establecer causalidades cuantitativas y predecir eventos futuros de forma cierta o probabilística. Esto permitiría planificar la economía a través de la intervención del Estado. Por esta razón los miembros del *mainstream* no tomaron en cuenta los argumentos de Bauer y ni siquiera comprendieron el desafío de Mises (1920) sobre el problema del cálculo económico bajo el socialismo (véase también Huerta de Soto 1992). El empeño por imitar a la física y la obsesión de realizar predicciones cuantitativas les llevó a relegar de sus investigaciones al individuo que

piensa y actúa. Bauer demuestra en su obra que los seres humanos, lejos de asignar medios dados a fines también conocidos, lo que realmente hacen es buscar continuamente nuevos medios para satisfacer nuevos propósitos. Según Mises (1949), la predicción cuantitativa es responsabilidad del conocimiento humano empresarial de cada actor y no del ingeniero social como afirman los positivistas, mediante recursos como, entre otros, la especulación y la contabilidad. Mientras la información no sea generada por las personas, la misma no existe ni puede ser conocida por los economistas. Los individuos adquieren conocimiento mediante la comprensión y estimación. Cada nueva información cambia todo el mapa de creencias y expectativas. Lo contrario sería suponer que los economistas podrían conocer efectos cuantitativos sobre diversos eventos futuros a partir de información pasada que, además, es incompleta y parcial.

La importancia de las aportaciones de Bauer reside en el debate sobre quién debe planificar: la persona que quiere perseguir sus objetivos u otro actor debe decidir por él, como, por ejemplo, el Estado. La evidencia teórica y empírica presentada en la obra indica que uno de los elementos esenciales para el desarrollo económico es el marco institucional. En particular, Instituciones respetuosas con el derecho de propiedad privada y los contratos voluntarios motivan el progreso material de los países y el incremento en el nivel de vida de sus habitantes. En cambio, la ausencia de ellas se propicia un sistema de economía centralmente planificada fundada en los contratos coactivos, lo que tiende a bloquear la capacidad creativa y planificadora de las personas. Por consiguiente, se destruye la compleja red dinámica de interacciones humanas e intercambios voluntarios conocida como Mercado, lo que daría entrada a los problemas de cálculo económico.

Finalmente, la ciencia económica ha tenido adelantos formidables en los últimos años en orientaciones sorprendentes, además de contar con recursos matemáticos y estadísticos más sofisticados. Pero aún queda pendiente un estudio metódico y acabado de las causas del desarrollo económico, desde una perspectiva dinámica y que supere los vicios del positivismo. Con todo, como afirmó Bauer:

«Aun cuando tal análisis fuera posible, puede resultar que en muchas sociedades algunos de los obstáculos al progreso material no sean tratables mediante la acción del Estado» (Bauer 1983, 485).

BIBLIOGRAFÍA

- ACEMOGLU, D., y JOHNSON, S. (2005). «Unbundling Institutions.» *Journal of Political Economy*, 115, pp. 949-995.
- ACEMOGLU, D. y ROBINSON, J. (2012). *Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona: Deusto.
- ACEMOGLU, D., JOHNSON, S., y ROBINSON, J. (2001). «The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation.» *American Economic Review*, 91, pp. 1369-1401.
- (2002). «Reversal of Fortunes: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution.» *Quarterly Journal of Economics*, 117, pp. 1231-1294.
- BANCO MUNDIAL (2018a). Pobreza. *Grupo Banco Mundial*. Recuperado el 24 de enero de 2018, de: <https://datos.bancomundial.org/tema/pobreza>
- (2018b). PIB (US\$ a precios actuales). *Grupo Banco Mundial*. Recuperado el 24 de enero de 2018, de: <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.CD>
- BARAN, P. A. (1957). *The Political Economy of Growth*. New York: Monthly Review.
- BAUER, P. T. (1983). *Crítica de la teoría del desarrollo*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- BEINHOCKER, Eric y HANAUER, Nick (2014). «Redefining Capitalism.» *McKinsey Quarterly*, pp. 1-10.
- BENEGAS LYNCH (h), A. (1993). *Hacia el autogobierno, una crítica al poder político*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- BOETTKE, Peter J. (1987). «Economists & Liberty: Ludwig von Mises (1881-1973)».
Nomos, pp. 8-11.
- BOLT, J., INKLAAR, R., DE JONG, H. y VAN ZANDEN, J. (2018). «Rebasing “Maddison”: new income comparisons and the shape of long-run economic development».
GGDC Research Memorandum, University of Groningen, pp. 1-69.

- BUSTELO, P. (1999). *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*. Madrid: Editorial Síntesis.
- CALDWELL, B. J. (1984). «Some problems with falsificationism in economics». *Philosophy of the Social Sciences*, 14, (4), pp. 489-495.
- COASE, R. H. (1997). «Looking for Results». *Policy: A Journal of Public Policy and Ideas*, Vol. 13, No. 4.
- ESPINOSA, V. I. (2017). «Ludwig von Mises y el rol del economista: un enfoque histórico», *Estudios Públicos*, 146, pp. 185-211.
- GRONINGEN GROWTH AND DEVELOPMENT CENTRE (2018). Maddison Project Database 2018. *University of Groningen*. Recuperado el 24 de enero de 2018, de: <https://www.rug.nl/ggdc/historicaldevelopment/maddison/releases/maddison-project-database-2018>
- HUERTA DE SOTO, J. (1992). *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*. Madrid: Unión Editorial S.A.
- (2009). *The theory of dynamic efficiency*. Abingdon: Routledge.
- (2011). «La escuela austríaca moderna frente a la neoclásica». *Revista de Derecho Administrativo* N° 10.
- KEYNES, John M. (1936). *The General Theory of Employment, Interest, and Money*. New York: Harcourt, Brace.
- KITAMURA, H. (1964). «Foreing Trade Problems in Planned Economic Development». En *Economic Development with special reference to East Asia*, editado por Berril, K. New York: Macmillan & Co.
- KIRZNER, I. M. (1975). *Competencia y función empresarial*. Madrid: Unión Editorial S.A.
- LAVOIE, Don (1981). «A critique of the standard account of the socialist calculation debate». *Journal of Libertarian Studies*. Vol. V, No. 1, pp. 41-87.
- LEESON, P. T. (2008). «Escaping Poverty: Foreign Aid, Private Property, and Economic Development». *The Journal of Private Enterprise*, 23, pp. 39-64.
- LEGATUM PROSPERITY INDEX (2017). Prosperity Index 2017. *Legatum Institute*. Recuperado el 24 de enero de 2018, de: http://prosperitysite.s3accelerate.amazonaws.com/3515/1187/1128/Legatum_Prosperty_Index_2017.pdf
- LEWIS, W. A. (1988). «The roots of development theory». En *Handbook of Development Economics vol 1*, editado por Chenery, H. B. y Srinivasan, T. N. Amsterdam: North Holland, pp. 27-37.

- Luders, Rolf J. (1998). «The Comparative Economic Performance of Chile: 1810-1995». *Estudios de Economía* vol. 25, 2, pp. 217-249.
- NORTH, D. C. (1990). *Institutions, Institutional Change and Economic Performance (Political Economy of Institutions and Decisions)*. Cambridge: Cambridge University Press
- (1994). «Economic Performance Through Time». *American Economic Review*, 84, pp. 359-368.
- MEIER, G. M. y BALDWIN, R. E. (1957). *Economics development: theory, history, policy*. New York: Wiley.
- MEIER, G. M., SEERS, Dudley (1984). *A World Bank Publication: Pioneers in development (English)*. London: Oxford University Press.
- MYRDAL, G. (1956a). *An International Economy: Problems and Prospects*. London: Harper.
- (1956b). *Development and Underdevelopment: a Note on the Mechanism of National and International Inequality*. Cairo: National Bank of Egypt.
- (1957). *Economic Theory and Underdeveloped Regions*. London: Duckworth.
- (1968). *Asian Drama: An Inquiry into the Poverty of Nations*. New York: Twentieth Century Fund.
- NURKSE, R. (1953). *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries*. New York: Oxford University Press.
- POPPER, K. (1957). *The Poverty of Historicism*. London: Routledge.
- REISMAN, G. (2006). Globalization: The Long-Run Big Picture. *The Jefferson School of Philosophy, Economics, and Psychology*. Recuperado el 24 de enero de 2018, de: <http://www.capitalism.net/articles/Globalization.htm>
- ROTHBARD, M. N. *El Hombre, La Economía y El Estado: tratado sobre principios de economía*. Madrid: Unión Editorial S.A.
- ROTTENBERG, S. (1964). «Economic Instruction for Economic Growth: Economic Development and Cultural Change». *The University of Chicago Press* 13, no. 1, pp. 95-99.
- SAMUELSON, P. (1951). *Economics: an introductory analysis*. New York: McGraw-Hill, 2da Edición.
- (1989). *Economics: an introductory analysis*. New York: McGraw-Hill, 13ª Edición.

- TRANSPARENCY INTERNATIONAL (2017). Índice de Percepción de la Corrupción. Transparencia Internacional. Recuperado el 24 de enero de 2018, de: <https://transparencia.org.es/ipc-2016/>
- VON HAYEK, F. A. (1960). *The Intellectuals and Socialism*. Whitefish: Kessinger Publishing.
- VON MISES, L. (1920). *Economic calculation in the socialist Commonwealth*. Alabama: Ludwig von Mises Institute.
- (1944). *Burocracia: gestión empresarial frente a gestión burocrática*. Madrid: Unión Editorial.
- (1949). *La Acción Humana: tratado de Economía*. Madrid: Unión Editorial S.A.